

del pueblo, repentinamente crece, y de la misma manera se muda, de suerte que no ay que hacer dél entero fundamento, porque rescibe la ley de los que tienen las armas en la mano.»

A pesar de tan bellas máximas, no puede el de Feria disimular su secreto. La infanta Doña Isabel ha de casarse con el archiduque Ernesto: no lo oculta ya. La primera no puede casarse con un francés, porque tiene probabilidades de reinar en España, «siendo su hermano muy jóven, estando léjos de la época en que podría contraer matrimonio y enfermizo desde su infancia» (1).

El archiduque Ernesto era completamente desconocido en Francia: la audacia de presentarles por rey un hombre cuya existencia ignoraban, indignó á los diputados (2), y les abrió los ojos haciéndoles ver la vergüenza de su situación. En vano quiso Tassis el día siguiente atraerse los ánimos (3) con un discurso conciliador que pronunció en francés; en vano les dirigió Don Iñigo Mendoza una docta arenga «en maravilloso latín y con muy buena acción» (4); el duque de Feria tuvo que retirar la candidatura del archiduque Ernesto, primero, y luégo la del archiduque Alberto con que quiso sustituirla (5), á fin de obtener como un triunfo el voto de los Estados, que suplicaban al rey de España «que recibiera en su agrado la eleccion que se haga de uno de nuestros príncipes para ser rey y le hiciera el honor de darle en matrimonio á la Serma. infanta su hija.»

Una distribución de dos mil setecientos escudos retribuyó esta semi-deferencia, repartidos entre los diputados de la clase media por una comision elegida públicamente. Anunciáronse otras subvenciones; pero este efímero triunfo había sublevado ya el sentimiento nacional. Desde el día siguiente el diputado del Vair, exclamaba (6): «¡Qué vergüenza esto de ver que veinte bribones de Paris vendan al rey de España la corona de Francia! Nunca se ha oido decir que tan desvergonzadamente se jugara con la fortuna de un reino, sacándose á pública subasta vuestras vidas, vuestros bienes, vuestro honor, vuestra libertad. ¡Y en qué lu-

(1) Mr. Arch. nac. K. 1585, p. 45 y 46.

(2) Sesión del 28 de mayo de 1593. Véanse las *Cartas de Bougars*, p. 295. «Displicere hispanica audacia; ut auditum est nomen Ernesti, inauditum antea, horrere plerique eo devenisse rem Galicam ut homo quem ne natum quidem scirent esset ad regnum accersendus.»

(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 59, el 29 mayo 1593.

(4) *Ibid.* p. 53, el 6 de junio.

(5) Sesión del 29 de junio.

(6) No en los Estados, sino en sesión del Parlamento, el 20 junio.

gar! en el corazón de Francia, en presencia de las leyes. Despertaos, señores.»

Ni se borró el mal efecto con el ofrecimiento de casar á la infanta con el duque de Guisa. «Reconociendo, dice el mariscal de La Chastre (7), que la proposición de la infanta nos fué amarga y de dura digestión, quisieron echarle un poco de azúcar.»

Entre tanto firmaba Enrique IV la tregua con la Liga. A partir del 26 de junio, cesaban ya los franceses de matarse entre sí.—No he podido impedir nada, escribe el duque de Feria (8): el pueblo quería la tregua, nuestro ejército es débil, falta dinero.

La impotencia de Felipe II se revelaba á los ojos de todos. La Chastre, que no cobraba ya su asignación, hacia notar que el rey de España ni tenía soldados ni dinero y quería infundir la persuasión de que «sus promesas de dinero eran dinero y la idea de sus ejércitos, ejércitos verdaderos. Si esa gente hubiera en una noche cubierto de hombres la tierra, como lo está de hongos un prado, si ellos mismos estuvieran exentos de necesidad y tan abundantes de dinero que pudieran subvenir á la nuestra con largueza» (9), se podría comprender su jactancia; pero no tienen nada. El duque de Feria lo sabe, y entona á su vez la triste lamentación con que importunan sin cesar al Escorial todos los gobernadores, por espacio de tantos años: ¡Soldados! ¡Dinero! Y en la sima, Felipe II envía, tarde siempre y en pequeña cantidad, sus soldados y su dinero.

IV.—Reanimación del patriotismo

El parlamento de Paris había declarado ilegal la candidatura de cualquier extranjero (10), había ratificado la tregua y hecho publicar los artículos que la extendían á todo el reino (11). Pero la emoción fué mucho mayor en Francia, cuando se supo que el rey acababa de entrar en la comunión católica.

—«Señor, había dicho d'O á Enrique IV «con un juramento del nombre de Dios,» la hora decisiva ha llegado; no hay que andar ya con rodeos. Si fuerais un rey santimonioso, temería emplear este lenguaje; pero vos vivís como un buen camarada.» Enrique IV que estaba can-

(7) Augusto Bernard, los Estados de 1593, p. 727.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 58, del 26 de junio.

(9) Augusto Bernard, p. 729 y 732.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 67.

(11) *Artículos acordados para la tregua general* en la Villette, entre Paris y Saint Denis.—Paris, Federico Morel, impresor ordinario del rey.

sado de los profetas de la Gascuña y del lenguaje de Canaan, esperaba tiempo hacia la ocasión de abandonar aquellos grasientos censores y volver sin descrédito al gremio de la Iglesia Católica (1).

El 25 de julio de 1593, á las diez de la mañana, fué recibido en el pórtico de la iglesia de Saint Denis por el arzobispo de Bourges y los obispos de Mans, Evreux, Nantes y Angers. Los prelados lo condujeron ante el jóven car-

denal de Borbon, que recibió su abjuración y le hizo presentar el agua bendita (2). «Entonces las trompetas y clarines y atambores tañeron; los reyes de armas vestidos de sus vestiduras reales de terciopelo morado, sembradas de flores de lis de oro, gritaron ¡viva el Rey! tres veces; ¡Largueza! y derramaron alguna moneda.»

La única contestación de Felipe II fué una distribución de dinero. Ejército no tenía: los



Entrada de Enrique IV en Paris

(Facsimil de un grabado de cobre titulado: «Reduccion milagrosa de Paris á la obediencia del Cristianísimo rey Enrique IV, y cómo Su Majestad entró por la Puerta Nueva el martes 22 de marzo de 1594.—N. Ballery pinxit; Jean le Clerc excudit.»)

Países Bajos no podían suministrar ningun refuerzo en aquel momento, según lo notificaba el Ibarra de Flandes al de Paris (3). Pero se encontró dinero; el 3 de agosto pudo el duque de Feria dar una cantidad á los párrocos de Santiago y San Severin para distribuir entre sus adeptos (4); hizo entregar á los diputados de la clase media (5) seis mil doblones por sus asignaciones de agosto. Pero muy luégo le abrumaron las reclamaciones y no pudo pagar más que hasta

el 18 de octubre las asignaciones de setiembre de los mismos diputados (6). El despilfarro es, en efecto, extraordinario: Moreo era un avaro al lado de los agentes actuales. Toda mano que se alarga, se retira llena de dinero, desde el cardenal Pellevé que tiene cerca de ochenta años y embolsa mil doblones, y el obispo de Amiens que exige y cobra tres mil, (7) hasta los más oscuros, como un tal Entragues, que reciben pequeñas cantidades «por servicios secretos» (8). Bassompierre venía á contar, y el hecho es bien curioso, que «el de Bearne pre-

(1) Nadie hablaba sin sonreirse de la necesidad de una abjuración. «E molto meglio, escribía Cavriana, el embajador toscano, essere re di Francia mangiando pesce il venerdì, che povero duca di Bierna con la licenza de mangiar carne a suo beneplacito.» Cuando se haya decidido, añade Cavriana, verán pronto el fin de su fiesta Mayena y Guisa.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 69.—Relación española de la ceremonia.

(3) *Ibid.* K. 1589, p. 33, Don Estéban de Ibarra á Don Diego de Ibarra.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 65. «A los curas de Santiago y San Sebrin 2,489, para repartir entre los católicos desta villa.»

(5) Algunos enviaban al *Hôtel Dieu* este dinero infame. Bernard, Prólogo, pág. 72.

(6) Y aún fueron reducidas para setiembre á 5,048 escudos de oro. Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 83. «Al duque de Umena para dar á los Estados generales para el entretenimiento del mes de sept. 1593.»

(7) *Ibid.* Como ayuda de costa.

(8) *Ibid.* Este Entragues es el mismo que el Juanetin que se encuentra en su oficio, K. 1589, p. 72, y acaso el mismo que el del famoso duelo de los seis, del 27 abril 1578. Se sabe que fué uno de los dos sobrevivientes y que se le acusó de deslealtad en el duelo. Se encuentra otra vez en estas listas á Antonio Escovar con 200 escudos, K. 1589, p. 65, el que había servido para espiar al pretendiente portugués.

tendía hacer divorcio... para casarse con su sobrina del gran duque» de Toscana (1). A los que nada pedían, se les hacían ofrecimientos como á Rosne (2) y á Villars Blancas (3), que calculaba si había más ventaja en tomar el dinero de Enrique IV que el de Felipe II.

Los príncipes de la casa de Guisa eran, como siempre, los más ásperos en esta almoneda: el duque de Aumale obtenía la ayuda de costa que había mendigado (4); Mayena, cuyas pretensiones importunaban á Ibarra (5), recibía muy bien los diez y ocho mil escudos que le pertenecían por su asignación de agosto (6). La pensión de seis mil escudos asignada al joven duque de Guisa (7) y la promesa de la mano de la infanta, no fueron tampoco operaciones provechosas; á lo ménos éste no regateaba las gracias. «Puesto que ha sido del agrado de V. M. concederme el mérito y favor de una gracia tan alta, me atrevo, Señor, á dar humildísimamente las gracias á V. M. esperando hacerme digno del honor con que habeis tenido á bien distinguirme y adquirir con señalados servicios lo que me falta particularmente» (8).

Por contraste de estas bajezas, gusta ver á los verdaderos hombres de guerra y á las ciudades unirse en gran número, en cuanto se ponen á descubierto los proyectos del rey de España. Este movimiento nacional vino á ser irresistible desde el mes de mayo (9); la prolongación de la tregua (10) había permitido á los mejores capitanes de Mayena, como Boisrosé, Lhospital-Vitry, Sainte-Aulaire, ponerse bajo las banderas que representaban exclusivamente el honor nacional (11). Esta vez todo el hierro de Francia es atraído al campo de Enrique IV.

«El hierro bien manejado merece la primera palma; el segundo honor pertenece á las plumas bien cortadas» (12). Las plumas hacían su oficio desde muchos años ántes; pero muy especialmente las de un grupo de hombres verdaderamente franceses, de espíritu moderado y

severo gusto, quienes mostraron por primera vez el poder del buen sentido y del genio práctico de la clase media. Enrique III no había sabido utilizar para su causa á estos laboriosos hombres de letras, desconfiando de su risa impregnada de cólera. Enrique IV, al contrario, gustaba de los hombres de ley solapados y de los eruditos de propósitos tenaces, como Pasquier, Pithou, Belloy, Lestoile, Toiras.

Estos voluntarios dieron con frecuencia golpes bastante felices. El presidente Gayant, que sobrevivió cincuenta años á aquella época y pareció un gigante á los inquietos jóvenes de la Fronda (no hay ya hombres de este temple, decían) (13); el presidente Gayant representa en esta lucha la táctica regular del libelo clásico en latín. «Cuanto más injurian al rey, según él (14), tanto más caros creen que serán comprados. Todo el ardor de su celo se reduce á recoger dinero. Nos llaman herejes, porque no hemos querido entregarnos con ellos á los españoles, hijos de judíos. ¿Qué quieren ahora? El rey de Francia es católico; ¿quieren verlo á las puertas del Vaticano, descalzo entre el rebano de penitentes, de rodillas ante los sacerdotes, gimoteando de día y de noche, pisoteado por los bufones y pedantes de la curia romana?»

El *Estado de España*, por el notario de Tillet (15), afecta la forma histórica. España se ha formado con el fraude y la violencia, y sólo su Inquisición la conserva. ¿Quién será tan miserable que quiera admitir en nuestra Francia á esos fanáticos? Viene luégo una antigua memoria que muestra en 1499 al canciller de Francia con el oficial del sello y los reyes de armas, el procurador general y los señores del consejo, recibiendo en Arras los homenajes de Felipe el Hermoso, abuelo de Felipe II, como vasallo de los condados de Flandes, Artois y Charolais:

*Venez voir son ayeul un juste hommage rendre
Aux pieds d'un de nos rois en armes indomptés,*

Venid á ver á su abuelo rindiendo justo homenaje á uno de nuestros reyes, en armas indomptable, dice un soneto que reasume el libelo.

La cuestión de derecho fué sostenida por las Memorias de Pedro de Belloy (16). El chiste

(13) Guy-Patin. Gayant murió en octubre de 1645.

(14) *Apología Christianorum procerum*, por R. T., s. I, 1593. No estoy seguro, sin embargo, de que este escrito sea de Toiras.

(15) S. I, 1594.

(16) *Memorias y colecciones del origen de la Real familia de Borbon*. La Rochela, 1587; *Exámen del discurso pronunciado contra la casa Real de Francia*. S. I, 1587.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 93. Feria al rey, del 28 agosto 1593.

(2) *Ibid.* p. 129.

(3) *Ibid.* p. 130 y 132.

(4) *Ibid.* K. 1589, p. 65. Mil cien escudos.

(5) *Ibid.* p. 33.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 65.

(7) Creo que esta cifra es por término medio. El joven pretendiente cobra 5,000 escudos por julio; 9,000 por agosto (K. 1589, página 65); 6,000 por setiembre y 3,400 por octubre (K. 1589, p. 83).

(8) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 80, del 4 octubre 1593. Las mismas cartas al príncipe de España y á los dos Idiaquez.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 140.

(10) Hasta el 31 de dic. de 1593. Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 137.

(11) Véase el Manifiesto de los miembros de la nobleza de Francia. Ms. Bibl. nac. franc. 3947, fol. 395.

(12) Aubigné, las *Historias*, t. III, p. 286.

*Mon Dieu! qu'ils sont beaux et blonds
Vos doblons!
Faites-en chercher encores,
Demi-Mores,
Parmi vos jaunes sablons* (7).

V.—La toma de Paris

Espiraba la tregua el 1.º de enero de 1594. Don Diego de Ibarra insistía en que se enviara todo el ejército de los Países Bajos á la defensa de Paris (8). Pero en un consejo de guerra celebrado en Bruselas, en presencia del archiduque Ernesto, hicieron observar los capitanes españoles (9) que Francia estaba muy devastada para poder sostener un ejército numeroso y fueron de parecer que, en lugar de correr riesgos contra el rey batallador, lo mejor era consumirlo lentamente, sin confiar nada al capricho de la fortuna y amenazando todas sus fronteras (10).

Entre tanto no estaba ocioso Enrique IV. Hacíase reconocer sucesivamente en Aix, Bourges, Lyon, Meaux. «Que con lo demás que tiene, escribe Tassis (11), le hace ya rey de Francia poderoso.» Y añadía el duque de Feria (12): No se debe ya pensar en elegir rey, sino en agrupar las fuerzas del partido.

Chartres, con su devoción á la Virgen, era una especie de capital religiosa: Enrique IV se aprovechó de este renombre, para hacerse consagrar en su catedral (13). Pronunció todos los juramentos de la ceremonia y presidió el capítulo de los caballeros de la Orden. Tenía á su lado al embajador de Venecia, pero no quiso recibir á Don Antonio, el pretendiente de Portugal, y le dió indirectamente el consejo de retirarse á Inglaterra (14).

Dos días despues de esta consagración, vió Enrique IV llegar á su lado, en Chartres, á la persona que debía desear más en su corte, la abuela misma de todos los Guisas, la duquesa de Nemours.

Esta nieta de Luis XII sentía ver en Paris una guarnición española (15) y había esperado

burlesco fué ensayado por escritores que ridiculizaban los embarazos de los Estados generales entre los pretendientes, como aquel *Aviso al Papa* (1) en que se representa á los españoles proponiendo á su infanta «unida por el futuro matrimonio con el archiduque, como una especie de rey andrógino, el cual, por cierta comunicación de propiedades en idea, estaba provisto del derecho y del sexo requeridos. Y sobre esto manudeaban promesas de doblones y ducados. La casa de Lorena tenía despierto el apetito y se le hacía la boca agua por este raro manjar... En una palabra, se necesitaba un príncipe francés ó poco ménos.

Pero la obra maestra en este género, la pieza que ha quedado en idioma francés como un modelo acabado, es la *Sátira Menipea*, que ha sobrevivido á las contiendas del momento y ofrece siempre al buen gusto el grato sabor de su fina y encantadora ironía.

Sin embargo, estos libelos eran especialmente destinados á la nobleza y á la clase media y sólo seducían el gusto delicado: para el pueblo hánse de menester toques más fuertes, chistes groseros, un estilo vulgar. Los ligueros lo comprendieron así, y sus brutales ultrajes, en que se indignan contra los franceses por

*Qu'ils nommoient très-chrestien ce monstre béarnois,
Bien qu'il eust contre Christ endosé le harnois,*

se dirigían á los envidiosos sentimientos de la democracia, como el *Banquete del conde de Arete* (2), como Paris vendido (3), como los sermones del cura Juan Boucher, que estuvo hablando nueve días seguidos en el púlpito, cuando supo la conversión de Enrique IV (4), ó como la apología de los malvados á quienes se había inducido á matar al rey (5).

Al lado de estos fanáticos no se desdénaron los realistas de descender al populacho, sembrando necios pasquines como los siguientes:

*Les Seize ont ja pris possession
Des seize pilliers de Montfaucon* (6)

ó alusiones á la corrupción de los señores como:

(1) Atribuido al cardenal Plasencia, S. I, 1594.

(2) *El banquete del conde de Arete en que se trata de la disimulación del rey de Navarra y de las costumbres de sus partidarios*, Paris, en casa de Guillermo Bichot, calle de Santiago, 1594.

(3) *Paris vendido*, ó discurso de las traiciones, perfidias y deslealtades de los polticos, Paris, 1589.

(4) *Sermones de la fingida conversión de Enrique de Borbon*, Paris, 1594.

(5) Apología de Jean Chastel, parisiense, ejecutado por Francisco de Verona, s. I, 1595.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 145. Véase también la pieza sobre los tres Joyeuse

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 78 repetido.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 14 y 21.

(9) Despachos del embajador veneciano Giovanni Mocenigo, copia de la Bibl. nac. de Paris, filza 23, fol. 3.

(10) *Ibid.* «Che non si dovesse intrare con tutte le forze unitamente insieme, cosi per sola difficoltà di viverci le potriano facilmente consumere... senza remittere cosa alcuna all' arbitrio della fortuna.»

(11) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 36, del 25 febrero 1594.

(12) *Ibid.* p. 41, del 2 de marzo.

(13) *Ibid.* p. 39, del 4 de marzo.

(14) Da estos detalles el embajador Mocenigo, copia de la Bibl. nac. «Refiere que el rey pretextó un dolor de muelas para no recibir á Don Antonio.» Los españoles sabían la presencia del pretendiente portugués en Chartres. Tassis al rey, K. 1590, p. 39.

(15) Lestoile, p. 99.

que su hijo el duque de Mayena hubiera tenido el talento de domar la democracia parisien- se y alejar á los españoles; pero cuando reconoció que su hijo había perdido toda autoridad, cuando vió á su nieto, el duque de Guisa, que corría parejas con Mayena por incapaz y violento, dividir más y más á los franceses; no vaciló ya en sus sentimientos de francesa, y acudió al lado de Enrique IV, el 6 de marzo por la tarde (1). La casa de Guisa declina; el duque de Aumale está en pugna con los españoles, que pretenden ocupar á Beauvais (2); Mayena sabe por las cartas interceptadas que le hace comunicar Enrique IV, que los españoles conocen sus intrigas y piensan internarlo en Madrid (3); sabe que han sorprendido sus despachos al papa, que se ha hecho odioso á los parisenses y sospechoso á todos; de todas partes surgen enemigos al rededor de él; la vieja mariscal de Saint-André, una de las beldades de la corte de Enrique II, viene á pedir justicia por el rapto de su nieta, antiguo crimen de Mayena (4). Este huye de Paris, tendiendo aún las manos hácia Felipe II. «Todavía, le dice, tenemos muy gran necesidad de vuestra asistencia» (5). Y envía otra vez á su yerno Montpezat á Madrid, donde se le mortifica por espacio de ocho meses.—«Se le podía responder agora algun otro desvío para entretenerle, dice un empleado.—Páreceme bien esto; así se le responda» escribe el rey de su mano (6). Por más que Montpezat denuncia á los gobernadores (7) «que han ido á asegurar con Vendosme (8) la fortuna que temían perder con nosotros,» no consigue sino el desprecio de los españoles. Enrique IV se decide á dar el golpe en Paris: aléjase precipitadamente de las enojosas fiestas de Chartres (9), llega á Senlis, entabla negociaciones con los burgueses de Paris para decidirles á sublevarse como los de Lyon y á recobrar su libertad (10). Sale de Sen-

(1) Mocenigo, carta del 7 de marzo. «Madama de Ghisa (creo que debe entenderse de Nemours) arrivo qui hiersera per trattare con S. M. in torno l'accomodamento del figliolo che e come in aperta diffidenza de Mons. Humena.»

(2) *Ibid.* fol. 3, carta del 8 de marzo 1594.

(3) *Ibid.* «Una lettera intercetta con la quale pare che el re di Spagna dice che potendo havere nelle mani, lo prendino e lo mandino in Spagna.»

(4) Mocenigo, fol. 8.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pág. 215, Mayena al infante de España, del 12 noviembre 1593.

(6) *Ibid.* K. 1593, p. 21, 23, 36 y 44.

(7) *Ibid.* p. 44.

(8) Así llamaba todavía á Enrique IV.

(9) El 8 de marzo de 1594. *Diario de un cura ligero*, publicado por E. de Barthelemy, p. 267.

(10) Mocenigo, carta del 8 de marzo. «Fare sollevatione simile a quella di Lione per rendersi nella libertà.»

lis á caballo, aunque lloviendo, el 21 de marzo de 1594, y llega por la tarde á Saint Denis. Paris será suyo la noche siguiente.

—Podemos estar seguros de Paris, escribía tres meses ántes Don Diego de Ibarra (11), desde que he hecho expulsar á los coroneles sospechosos de políticos y reemplazar al gobernador Mr. Bellin con Mr. de Brissac, caballero muy católico.

¿Cómo dudar de Brissac? Declara al rey de España que sólo para él ocupa á Poitiers y lo abruma con sus protestas de sumisión (12) y sus enviados (13). Ha perdido sus bienes, confiesa á Felipe II, y añade: Siempre he reconocido en V. M. el único poder, despues de Dios, de adelantar una parte del restablecimiento.—Pero si Felipe olvida restablecer la hacienda de Brissac, bien puede buscar otro medio, despues de Dios, para arreglar sus negocios. Una mujer interviene en este momento cerca de Enrique IV.

Juana de Cossé, hermana de este Brissac, estaba casada con uno de los favoritos de Enrique III, Saint Luc: el día de sus bodas fué uno de los más célebres de aquel reinado, por la extravagancia de las fiestas. Juana, cuyo esposo había seguido el partido de Enrique IV, hizo comprender á su hermano las ventajas de servir al vencedor: no se limitó á meros consejos, sino que le prometió, en nombre de Enrique IV, el título de mariscal de Francia y un millon y setecientas mil libras en dinero. Los burgueses de Paris costaron ménos: unos, como el preboste Luillier, prometieron su concurso por simple horror al extranjero; otros, como los curas Chavagnac de Saint Sulpice, Renato Benito de Saint Eustache, Moraines de Saint-Merri, estaban indignados de los excesos cometidos por los predicadores de la Liga, de la licencia que se iba introduciendo entre los religiosos, del escándalo que daban, como lo decia el jesuita Commolet (14), las religiosas que por todas partes se paseaban del brazo de los caballeros, haciéndose el amor.

Brissac jugó esta partida con ingenio y serenidad, no habiéndose hecho sospechoso á los españoles hasta el 21 de marzo por la noche, precisamente á la hora en que se acababan los preparativos. Dejó abierta la puerta Nueva (15)

(11) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 14 y 21.

(12) Véase el capítulo II; y también Ms. Arch. nac. K. 1587, página 51. Cartas del 4 y 20 mayo 1593.

(13) Ms. Arch. nac. K. 1597, p. 35. Mision del señor Belesbat.

(14) Lestoile, del 8 noviembre 1593.

(15) La puerta Nueva daba al Sena, entre el Louvre y las Tullerías.

sin prevenir al duque de Feria ni al legado. El duque (1) tuvo aviso de ello á las siete de la noche, por medio de un teniente napolitano que estaba de guardia en su palacio. A su queja, contestó friamente Brissac, que la puerta estaba bien guardada. Pero Don Diego de Ibarra (2) se puso al punto á rondar por las murallas y encargó á oficiales españoles que vigilaran á Brissac y áun le dieran de puñaladas, si aparecian los franceses. La visita de los puestos duró hasta las tres de la madrugada, hora en que se

acostaron Ibarra y los suyos. Una hora despues, se presenta Saint-Luc en la puerta Nueva y se levanta la visera: su cuñado, con una antorcha en la mano, le reconoce é introduce en la calle de Santo Tomás del Louvre. Saint-Luc deja en la guardia de la puerta al marqués de Favas con cien arcabuceros, avanza hasta la cruz del Trahoir (3), y envía un destacamento á la puerta de San Honorato (4), donde espera el regidor Neret y á donde llega al mismo tiempo Lhospital-Vitry, que acaba de entrar por la



Salida de la guarnicion española de Paris
(Facsimile de un grabado en cobre, titulado: «Cómo Su Majestad, estando en la puerta de San Dionisio, vió salir de Paris las guarniciones extranjeras que el rey de España tenia allí.»)

puerta de Saint-Denis, abierta por el regidor Langlois. Los valones de la puerta de San Honorato son sorprendidos y pasados á cuchillo; bajan el puente levadizo y entra Enrique IV, sigue la calle de San Honorato, hace ocupar las principales posiciones y se instala en el Louvre. Allí recibe á Brissac, que se presenta algo

inquieto (5), le abraza, le ciñe su propia banda y le dice: «Ahora reconozco que sois un buen francés.»

Al amanecer cundió la nueva por la orilla derecha. Los burgueses se ciñen su banda blanca; algunos se refugian en las casas de los realistas; los más comprometidos huyen al campo, y los españoles se atrincheran en sus cuarteles y en el palacio del duque de Feria. Ha entrado el ejército real y fraternizado con los soldados franceses de la guarnicion, y todos aclaman á Enrique IV. Por la mañana va el rey á Nuestra Señora, donde secanta un solemne Te-Deum. El ruido de las campanas viene á sorprender á los habitantes del distrito de la Universidad y otras calles alejadas: despiértanse y se asoman á las ventanas, escuchan á los heraldos de armas que anuncian que el rey está en Nuestra

Las Tullerías estaban extramuros, y su patio de caballerizas caía al foso de la plaza. Las demás puertas estaban en la orilla derecha: la de San Honorato, poco más ó ménos, en el emplazamiento actual del Teatro Francés; la de Montmartre, donde está hoy situada la plaza de las Victorias; las de Saint Denis, Saint Martin, del Temple y Saint Antoine. Venia luego la Bastilla. Véase el plano de Paris, publicado con la relacion del sitio de 1591 por la *Sociedad de la Historia de Paris*.

(1) Relacion dirigida por el duque de Feria á Felipe II, y titulada la *Pérdida de Paris*, fechada en Laon el 28 de marzo. Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 64.

(2) Relacion dirigida por Ibarra á Felipe II el mismo día y con el mismo título. Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 60.

(3) Esta cruz estaba, segun creo, en la calle *Croix-des-Petits-Champs*, donde hay actualmente establecido un vinatero con la muestra de la *Croix-Blanche*.

(4) Relacion publicada por la *Revista retrospectiva*, 1838, p. 5.

(5) Mocenigo.